

# Hacia una solidaridad mundial en la producción de bienes forestales

La superficie forestal mundial es aproximadamente de 4.000 millones de hectáreas, dividida en dos partes casi iguales entre los países en vías de desarrollo y países desarrollados. Además hay que considerar otros 126 millones de hectáreas de plantaciones industriales, de las que 99 millones están en los países desarrollados y 27 en los en vías de desarrollo.

El 60% de la madera que producen estos bosques o plantaciones tiene como destino la sierra o chapa, siendo además la madera de mayor valor.

La madera aserrada, producto que procede de la transformación más elemental de la madera en rollo que producen estos bosques, fue de 500,7 millones de m<sup>3</sup> en 1989 según la FAO, de los que el 77% tiene lugar en instalaciones de países desarrollados y el 23% en los en vías de desarrollo. También la producción de tableros, que fue en ese año de 129 millones de m<sup>3</sup>, está muy descompensada hacia los países desarrollados, puesto que el 81% se produce en ellos.

Todo esto quiere decir que aunque la

superficie forestal está distribuida a partes iguales entre los países desarrollados y no, y aunque los crecimientos anuales son mayores en los bosques de los países en vías de desarrollo por estar en zonas más cálidas, la preponderancia de la industria transformadora está en los países desarrollados, aunque se trate de una elaboración sencilla como es el aserrado o la fabricación de tableros contrachapados. La exigencia, sin discusión posible, de que toda la madera que se corte proceda de bosques gestionados con un criterio sostenible, producirá mayores problemas hasta llegar a ella a los países poco desarrollados que a los desarrollados, que prácticamente desde hace décadas siguen esta filosofía conservadora de los bosques. Inclusive en muchos países desarrollados para curarse en salud, se está proponiendo la prohibición del uso de la madera tropical, sin pararse a distinguir si ésta procede o no de bosques correctamente gestionados.

Tal vez los países desarrollados deben aceptar que los poco desarrollados elaboren productos con mayor valor añadido para evitar que la desesperanza coopere al mayor deterioro de nuestro planeta.

